

estudios fue designado para dicho cargo el catedrático de víspera de cánones y futuro rector, doctor Cristóbal de Torres Bravo.

1891.—Murió en Bogotá el doctor Felipe Pérez, eminente escritor y hombre público rosarista.

#### 27 DE FEBRERO

1811.—El Serenísimo Colegio Constituyente, presidido por don Jorge Tadeo Lozano, expidió la constitución monárquica de Cundinamarca, primera que rigió en el país, en la cual se reconocía como rey a Fernando VII, siempre que viniera a reinar entre nosotros. El presidente elegido, como vice-regente del rey de España fue don Jorge Tadeo Lozano, a quien por eso lo llamaron Jorge I.

1816.—Al tener noticia de la derrota de Cachirí, el gobernador de la provincia de Tunja, doctor José Cayetano Vásquez, lanzó una proclama que puede ser considerada como un vaticinio de lo que ocurriría después de ser sacrificado en la plazuela de San Laureano de su ciudad natal, pues decía: "Eternamente vive quien muere por la Patria."

#### 28 DE FEBRERO

1773.—Vistió la beca de colegial del Rosario el futuro canónigo magistral e insigne patriota doctor Andrés María Rosillo.

1782.—Nació en Tocaima el notable jurisconsulto y latinista doctor Miguel Tobar.

#### 29 DE FEBRERO

1764.—Murió en Santafé de Bogotá el Illmo. señor José Javier Araus.

1864.—Hasta esta fecha ejerció el poder como designado el doctor Juan Agustín Uricoechea.

## Manuel Vicente Rojas

Por ELIECER SUAREZ FORERO

*N de la R.*—La Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario hace suyo el pesar que embarga a todos los corazones rosaristas por la muerte del Ilustre Vicerrector del Claustro de Fray Cristóbal de Torres y como homenaje a los altos merecimientos que embellecieron la vida del doctor Manuel Vicente Rojas y como testimonio del afecto que supo despertar a su paso por este Colegio, recoge en sus páginas las palabras que pronunciara el doctor Eliécer Suárez Forero, Prefecto de la Quinta de Mutis, en el cementerio de Soacha, en el acto de la inhumación del cadáver del doctor Rojas.

Señores:

Agobiados por la inmensa pena que oprime nuestros corazones cumplimos en estos momentos solemnes con el deber sagrado de entregar a la tierra los despojos mortales de un varón insigne, que consagró su vida meritisima al servicio de Dios y de la Patria.

En nombre del histórico Claustro del Rosario, que me honra sobremanera con esta augusta comisión, y en mi propio nombre, alzo mi opaca voz para esta tristísima despedida.

Al evocar la personalidad de quien fuera nuestro amado Vicerrector, maestro y amigo inolvidable, me convenzo de que el intento es muy superior a mis escasas fuerzas; quisiera poseer un estilo de mágica diafanidad, de áureo esplendor, que pudiera traducir fielmente el pensamiento; pero, aun suponiendo estas dotes, quizá el dolor de esta hora, que ahoga la voz de mi garganta, no me permitiría hacer gala de ellas. Supla, pues, la pobreza de mis palabras el profundo afecto que las dicta.

Fue la del doctor Manuel Vicente Rojas una personalidad subyugadora, de un influjo irresistible. Desde el primer momento sabía captar el cariño y la admiración de quienes le rodeaban. Al través de su noble estampa, de su genial modestia, se iba descubriendo la transparencia luminosa de una alma diamantina, la bondad inagotable de un corazón ardido en caridad, las múltiples facetas de una inteligencia siempre al servicio del bien. La obra de su vida, prematuramente tronchada, no hizo sino confirmar tan bellas cualidades. Desde sus primeros años juveniles sintió que Dios hablaba a su corazón y se consagró a su servicio con todas las fuerzas del espíritu juntando al fervor apostólico de su alta misión sacerdotal el cultivo de las letras, el entusiasmo del patriota por el progreso de su tierra y la educación de la república.

Como pastor de almas tenía el divino don de la persuasión que a la vez conmueve y convence y condujo con mano segura a sus fieles por los senderos de la virtud y de la fe cristiana, predicando con la palabra y el ejemplo los eternos preceptos evangélicos que unen con lazos de oro de su Creador.

Como educador de la juventud unió su nombre a la fundación de colegios que son orgullo de diversas poblaciones y en donde la niñez recibió sus enseñanzas inspiradas siempre en los más altos ideales. Más de una vez quizá le fue dado ver al tierno arbusto, cultivado con evangélico amor, tronchado en recia encina de fronda bienhechora, decoro de su tierra y de su estirpe.

Como ciudadano ejemplar la patria fue uno de sus más caros ideales; su denodado esfuerzo de tantos años por el progreso espiritual y material de su tierra nativa y de las poblaciones a donde lo llevó su sagrado ministerio hablan muy alto de sus acendradas virtudes de patriota y por eso el estandarte de la patria hoy se inclina para cubrir con la púrpura, el oro y el zafiro de sus pliegues sagrados al hijo predilecto.

Fue hijo amantísimo y aún parecen resonar en mis oídos sus palabras, quebradas por la ternura, cuando nos hablaba de su noble padre o de la madre idolatrada, que rodeó su lecho de enfermo de las más delicadas atenciones. Como especial favor del Cielo consideraba, y así tenía que ser, que Dios mismo no lo hubiera privado aún de la dulce compañía de ese amor irremplazable en el duro sendero de la vida.

Como hermano, como consejero, como amigo, como consuelo de los desamparados, dígalos la bienhechora huella que deja en tantos corazones y las lágrimas de todo este numeroso concurso que, afligido, hoy se congrega para rendirle el postrer homenaje.

Llamado por el secular instituto de fray Cristóbal de Torres para desempeñar uno de sus más altos cargos directivos, sus virtudes y talentos, su desvelado interés por la grandeza y prosperidad del histórico colegio, sus dotes de caballero gentilísimo, captaron el cariño, la admiración y el respeto de todo el claustro. El nombre del doctor Manuel Vicente Rojas, no obstante a brevedad de su paso por el plantel rosarista, queda vinculado al de sus más dilectos hijos, al de sus ilustres conductores, al de sus bienhechores insignes.

Treinta y dos años dedicados con todo el fervor de su grande alma al servicio de Dios y de la sociedad fueron minando lentamente, sin que él mismo lo advirtiera, su salud. Y llegó un instante, fatal para nosotros, en que el alma, hecha a imagen y semejanza de Dios y en donde El se reflejaba con su infinita belleza, se sintió estrecha en la frágil envoltura terrenal y atendiendo al amoroso reclamo de su Padre celestial, extendió las poderosas alas y emprendió el viaje sin retorno en busca del "inmortal seguro".

Descanse en paz el varón justo, el digno sacerdote, al amparo de la cruz redentora, rodeado por la serena belleza de estos campos que recorriera tantas veces, guiado por la antorcha de la fe, con el corazón henchido de esperanza. Este jirón del suelo colombiano abre sus amorosos brazos para estrechar el cuerpo ya inerte de uno de sus buenos hijos. Su tumba queda tutelada por el afecto perdurable de un pueblo que hoy le rinde el tributo de sus lágrimas, pero al cual conforta la firme creencia de que desde el sitio de los elegidos de Dios, en donde ya goza de la eterna luz, seguirá velando por su rebaño e implorará del Todopoderoso que colme de bendiciones esta querida tierra que fue el relicario de su afecto. La juventud que recibió sus enseñanzas y que con el corazón adolorido le da este temporal adiós, será lámpara perpetua a su memoria ya que nunca olvidará la immaculada trayectoria de su vida. En las horas de abatimiento tendrá presente a su maestro y sentirá renacer la esperanza de mejores días; su ejemplo será como suave luz de aurora en el horizonte enantes tempestuoso. Y su espíritu bienaventurado se regocijará, porque "no aró en el mar ni edificó en el viento".

La práctica de sus enseñanzas será el mejor tributo que vosotros, jóvenes estudiantes, rindáis a su memoria.

Inolvidable maestro: sólo el bálsamo de la resignación cristiana podrá curar la herida de nuestro corazón; vos que fuisteis digno siervo de Dios y uno de sus elegidos y que ya gozáis del premio de los justos, rogad por nosotros los que quedamos afligidos en la ribera desolada...

He dicho.

## Traducciones y Traductor

Carlos López Narváez ha querido escoger para esta entrega cuatro obras maestras de las grandes poetisas norteamericanas. El traductor ha tenido en cuenta, para ello, la continuidad en la voces de las autoras, su ubicación dentro de una misma corriente de poesía, con ligeras modalidades.

Pertenecen las cuatro a un ciclo poético ya fenecido en cuanto a su vigencia y su influencia, pero brillante, fértil aún por su eterna lírica.

En los años de 1890 a 1900 se produjo en Norteamérica un gran movimiento literario; aún hace unos diez años, el nombre de Hazel Hall, por ejemplo, resonaba por todo el continente —con otros tres o cuatro— como exponente de la literatura norteamericana.

\*  
\* \*

Carlos López Narváez, famoso y original traductor, consigue en estos cuatro trabajos literarios igualar la perfección artística y verter el contenido emocional latentes en los versos de las poetisas yankys. López Narváez ha tenido siempre la capacidad verbal que le infundió la escuela del maestro Valencia; la expresión depurada y tallada de sus traducciones no obedece simplemente a un artificio más o menos acomodado. La nueva creación del traductor va de dentro para fuera. Sube de las raíces hondas del sentimiento, de la emoción líricas, para estallar en corolas de indudable placidez musical. Los elementos emocionales y los matices idiomáticos se aúnan, se armonizan, para darnos un todo perfecto; para hacernos vivir la poesía que vive el autor. Y esta es, desde luego, la trivial conclusión que se saca: el traductor auténtico no se atiene a la traslación literal